

Ignacio del Río

Estudios históricos sobre la formación del norte de México

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2009

170 p.

(Serie Historia Novohispana, 82)

Mapas y cuadros

ISBN 978-607-02-0437-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 20 de junio de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/estudios/nortemex.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, Ciudad de México



ORIGEN Y RAZÓN DE MI INTERÉS POR LOS ESTUDIOS DE HISTORIA REGIONAL¹

Hace treinta años justamente, en el mes de septiembre de 1969, recibí mi primer nombramiento como investigador en la Universidad Nacional Autónoma de México. No quiero decir que desde entonces me convertí en investigador, pues ésta es una condición que no adquirí sino al paso del tiempo, de manera lenta e insensible, en la medida en que fui entendiendo en qué consiste ser historiador y cuáles son los requisitos epistemológicos y éticos —éticos, déjenme insistir en ello— que es necesario satisfacer para que la investigación realizada sea auténticamente original, rigurosa, significativa y pertinente.

Tuve la suerte de trabajar en el principio de mi carrera en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, dirigido entonces por el maestro Ernesto de la Torre Villar, y de que se me encargara elaborar un catálogo o guía del *Archivo Franciscano*, que se custodiaba en la Biblioteca Nacional. Fui afortunado porque la responsabilidad que se me asignó me permitió entrar desde luego en contacto con una copiosa y heterogénea documentación referida a la historia del norte de México en la época colonial, campo sobre el que yo ignoraba prácticamente todo. Debo decir que, a la postre, alcancé a catalogar solamente los materiales contenidos en las cajas 1 a 50 del *Archivo*, que son precisamente los que se refieren a las provincias septentrionales de la Nueva España.

Pasé tres años leyendo papeles que decían muchas cosas acerca del viejo norte de México, cosas que ciertamente resultaban novedosas para mí y que hacían que me interesara cada vez más vivamente en las tareas de catalogación que se me habían encomendado. Pero algo que me desconcertaba era ver que buena parte de aquella información que yo recogía de los papeles no se compadecía enteramente con lo que me habían enseñado en la escuela, en la Facultad de Filosofía

¹ Este texto fue enviado para que se leyera en nombre del autor en el Coloquio-Homenaje que, para examinar las aportaciones historiográficas de Sergio Ortega Noriega e Ignacio del Río, se celebró en 1999 en la ciudad de Culiacán, Sinaloa, bajo los auspicios de la Universidad Autónoma de Sinaloa y El Colegio de Sinaloa.

y Letras; no se compadecía del todo con lo que yo creía saber acerca de la historia de México: los hombres, los hechos, las instituciones, los tiempos y los espacios de que me hablaban los documentos del *Fran-ciscano* eran otros distintos de los que figuraban entonces en mi visión escolástica de la historia del país.

Afortunadamente no caí en el simplismo de ver en esto dos historias cerradas que resultaban mutua e irremediabilmente excluyentes; lo que concebí más bien fue que se trataba de una misma historia, a la vez unitaria y plural, que pedía ser estudiada y entendida integralmente. Ya en el prefacio de mi tesis de licenciatura —defendida en 1971— señalaba yo que en la historia que llamábamos “nacional” prevalecían, como en el mismísimo terreno de lo político, las visiones centralistas, las que hacían suponer que el país tenía un núcleo central ordenador y definitorio, fuera del cual ningún desarrollo histórico regional llegaba a adquirir sino una entidad y un sentido subordinados. Hablé desde entonces de un centralismo historiográfico dominante que llevaba a soslayar, a minimizar o a ignorar de plano la historia de las regiones periféricas o simplemente marginales, y llamé la atención sobre el hecho de que el arbitrario olvido de los diversos procesos formativos regionales hacía inviable el cabal entendimiento de la dinámica histórica del país entero.

Un doble interés motivaría mis sucesivos trabajos de investigación: el interés por la historia del norte de México, que se me revelaba como fuertemente marcada por los fenómenos de frontera, y el interés por la historia regional, entendida como una opción metodológica llamada a abrir nuevas posibilidades de abordaje y comprensión de lo que podríamos denominar, con todas las reservas que queramos, la “historia nacional”. Desde un principio me mantuve en lo conceptual tan lejos de los que se tenían por hacedores de una historia nacional supuestamente definida por puras homogeneidades y paralelismos, como de los que rompían sus lanzas por una historia regional que más bien habría merecido el nombre de historia insular.

La línea de trabajo con la que me comprometí desde hace ya tres décadas resultó fecunda y, para mí, apasionante. Tengo que decir, sin embargo, que, aunque a lo largo de los años he hecho y promovido una historia que puede ser justamente calificada de regional, mi aspiración más sentida ha sido la de merecer el título de historiador sin más, que eso es lo que todos los del gremio deberíamos tratar de ser, por encima de nuestras reales o supuestas especialidades. En alguno de mis trabajos he dicho que podemos nombrar como nos apetezca el tipo de historia que hacemos, pero que, a la postre, lo que verdaderamente importa es que cada una de nuestras investigaciones sea de buena ca-

lidad, de la mejor calidad posible, aunque no es a los autores a los que nos corresponde determinar en última instancia si de veras cumplimos o no con esta exigencia en cada uno de nuestros trabajos.

En la obra propia, en la obra escrita, es donde queda plasmado lo que uno logra o malogra como investigador; allí, y no en las referencias generales que yo pudiera hacer en este mensaje, es donde habrá de verse lo que, al cabo de los años, ha resultado de mi trabajo de investigación. Pero no quisiera dejar de mencionar que quienes nos hemos dedicado ya largamente a esta profesión sabemos que lo que no se manifiesta en los textos que producimos, ni mucho menos en la mera formalidad del *curriculum vitae*, son los imponderables de la investigación, los costos de nuestra nunca superada novatez, las inevitables divagaciones, las búsquedas a veces estériles, los frustrantes momentos de desconcierto, los esfuerzos que a la postre resultaron vanos, las sensaciones de angustia por no poder encontrar una respuesta, las obsesiones que fue necesario padecer y hacer padecer a nuestros colegas de confianza antes de llegar a darle forma a alguna hipótesis de trabajo inciertamente prometedor, las dudas que siempre superaron en número y peso a las certezas, las innumerables páginas que escribimos tan sólo para ser luego desechadas, el tiempo que otros considerarían perdido pero que es en realidad de siembra y de gestación. Creo que la vocación de uno se pone a prueba no en los escasos momentos en que llegamos a convencernos de que la vamos haciendo en alguna medida, sino en las muchas ocasiones en que las dificultades de la investigación nos agobian y nos llevan a poner en franca duda nuestra capacidad de escribir siquiera una página que se salve. Cosas son éstas incomprensibles para los productivistas que se han propuesto someter el trabajo académico a las fuerzas del mercado, e impracticables por parte de esos colegas de nuevo cuño que podríamos llamar, como sugiere Juan Domingo Vidargas, historiadores “yuppies”.

Dije al principio que el trabajo nuestro como investigadores tiene también una dimensión ética: una investigación sólo puede ser en algún grado valedera si se realiza con plena honestidad intelectual. Se trata de no engañarnos a nosotros mismos por pura soberbia ni mucho menos incurrir en falsía tratando de engañar a los demás. El error o la insuficiencia no son moralmente reprobables; lo es, en cambio, la simulación, que, obviamente, jamás podrá ser una vía para enriquecer el conocimiento. La honestidad pide también ser congruentes con nuestras más altas responsabilidades sociales: ser profesionales de la investigación nos obliga a no quedarnos cortos en el esfuerzo, a emplear siempre al máximo nuestras mejores capacidades, a ser en todo caso nuestros propios y más severos críticos, a nunca dar gato por liebre, a no olvidar



que, como historiadores, nos debemos a la sociedad que nos legitima y para la que escribimos, a la sociedad de hoy y a la de la posteridad.

Ya para concluir este sencillo mensaje de autopresentación y saludo quiero expresar mi agradecimiento a los organizadores de esta reunión y a todos los que habrán de participar en ella. Me satisface y halaga que vayan a ser consideradas conjuntamente la obra de Sergio Ortega y la mía, entre las que ha habido a lo largo de los años múltiples vasos comunicantes. Admito desde ahora los señalamientos críticos que se hagan a mis trabajos y advierto que nada agradecería menos que los juicios enteramente complacientes, aunque sean hijos de la amistad, ésta sí agradeceré siempre. Deseo, en fin, que los textos que se comenten y discutan en la reunión sean, más que otra cosa, un punto de partida para ir adelante en las reflexiones sobre el quehacer de los historiadores y en los propósitos de trabajo de los colegas participantes. A la distancia, yo hago mis mejores votos por que ésta sea una jornada cordial, amena y, sobre todo, provechosa.